

¿Por qué, Señor?...

Sed de cariño,
la tiene el niño,
y la tiene el hombre.
Sed de cariño,
es la pena que se esconde,
sin querer, en el corazón.

Sed de cariño...
es, eso, que a veces
dicen los ojos.
Es vacío lleno de abrojos,
que nos hace padecer.
Es sed, que, insistiendo,
nos va haciendo, niños u hombres.

Sed de cariño...
¡alegría del vivir!
Sed de cariño...
¡pena o dolor!
¿Por qué Dios mío,
se vive y muere,
por el amor?

¡Canta! ¡Canta, corazón,
porque calmaste tu sed!
¡Llora! ¡Llora corazón,
porque el cariño se va!
¿Por qué Dios mío no haces,
que no se muera el amor?

¡¡Calla!! ¡¡Calla, corazón!!

AMADEO LORENZO

CUARTO CENTENARIO

Doña Luisa de Carvajal y Mendoza

DOÑA Luisa de Carvajal y Mendoza, dama ilustre en sangre, en virtud y en heroísmo.

Es gloria extremeña y española. Luchó apostólicamente en Inglaterra por defender la unidad católica y sufrió terribles persecuciones y encarcelamientos por su amor a la Iglesia.

Aristócrata y santa, fue la gran precursora y adelantada de los modernos institutos seculares.

Este año se celebra el cuarto centenario de su nacimiento

Por muchos motivos es insigne y gigante la figura de aquella mujer ilustre.

No fue puro azar que naciera en la histórica y señorial villa de Jaraicejo (Cáceres). Este viejo solar era feudo de los Carvajales y cámara de los obispos de Plasencia, quienes hasta hoy, se sentían orgullosos de sumar a su nobleza jerárquica, el título de «Señor de la Villa de Jaraicejo». El más o menos menguado marco de la cuna, nunca fue la medida de la grandeza, fama y virtud de los hombres.

Su padre fue don Francisco de Carvajal y Vargas, varón de grandes cualidades y méritos, reconocidos por Felipe II, que le nombró Corregidor de León. Y su madre, la noble y santa doña María de Mendoza y Pacheco, hija de don Juan Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo, Señor de Almazán, y de su esposa doña Luisa Fajardo, hija de los condes de Casarrubios. A la abundosa aristocracia de sangre supo ella conjuntar la gracia y virtud de su vida heroica.

Después de haber nacido cinco varones, y, esperanzados los padres con las eficaces promesas de San Pedro de Alcántara, soñaron con una hija que vino al mundo el día 2 de Enero de 1566. El gozo fue desbordante porque era un regalo del cielo.

A los cuatro años sufrió un mortal accidente durante el juego. Cayó sobre aguda piedra y su frente quedó casi partida. La estimaron muerta. Quedó sin sentido. Luego la intervención de un notable cirujano que vivía a catorce leguas, fue providencial y definitiva.

Se educó en un ambiente piadoso. El espíritu del Serafín de Asís se hacía tangible en aquella ilustre familia. En aquel inocente corazón brotó un delicado afecto a los frailes descalzos. A veces se arrodillaba y les besaba los pies. Un religioso, no descalzo, deudo de la familia, la preguntaba por qué no le besaba a él sus pies. Y ella respondió con aguda suavidad: «Porque los pies de los Descalzos son de oro».

Su madre era una viva y constante lección de caridad. Contagiada por la enfermedad entonces llamada del «tabardillo», atendiendo a un menesteroso que ella tuvo que enterrar, encontró la muerte a la temprana edad de 28 años. Poco después fallecía su esposo víctima de la misma enfermedad. Y Luisa, a los siete años, quedaba huérfana de padre y madre.

Hízose cargo de los huérfanos doña María Chacón, hermana de su abuela y madre del Cardenal don Bernardo de Rojas, Arzobispo de Toledo. Como doña María era aya de las infantas, Luisa recibió paralela formación al lado de tan selecta educadora. Aunque la reclamó su tío el Marqués de Almazán, diplomático en Alemania, no pudo hacerse su tutor hasta el fin de su embajada. Desde entonces este insigne varón fue el insuperable pedagogo de tan aventajada discípula. Los frutos ubérrimos son el mejor elogio y alabanza.

INNOVADORA GENIAL.

En el espíritu joven de Luisa de Carvajal nació un incontenible deseo de entrega a Dios en medio del mundo. Fue la gran adelantada de los modernos institutos escolares. Acaso nunca pensaron sus asesores espirituales que esta mujer, tres siglos más tarde, recibiría el refrendo laudatorio del Papa aprobando jurídicamente su pensamiento y anhelo de vivir en medio del mundo, sin hábito especial, ni muros conventuales, aunque sí con los votos religiosos.

Su ilusión no fue arbitraria y sus proyectos estaban en la línea evangélica y patrística. La vida de las primeras vírgenes cristianas fue un constante reclamo y una obsesión para la huérfana de los linajudos Carvajales.

Abandonó la opulenta casa de su tío para esconderse en una incómoda casuca de la calle de Toledo, muy próxima al colegio de los jesuitas, a quienes fiaría los primeros pasos de su ensayo apostólico. Tres o cuatro doncellas la acompañaron buscando la misma meta.

Inauguró la anhelada vida deshaciéndose de todo menaje y alhajas; su valor lo entregó a los pobres y a las iglesias. Los colchones

al hospital. Sólo se reservó un burdo saco monjil, las medias de paño y los bastos zapatos con tres suelas.

La casa era estrecha y sin adornos. Unas estampas de papel y unas cruces desnudas formadas con dos palos. Asientos de corcho, jerga de paja o duras tablas. Algunos libros espirituales y un toscocandil. Pocos platos y medio baño de barro. Sólo en el oratorio admitió algún sencillo y discreto adorno.

Alternaba con las criadas en todos los servicios. Se complacía en vivir como esclava de quienes había tenido como siervas. El tiempo estaba rigurosamente distribuido y aprovechado.

Rechazaba la vida conventual porque las monjas tenían resueltos todos los problemas y vivían defendidas de los peligros del mundo, y además parecían estimadas de los hombres y de Dios. Mientras que ella trabajaría para comer, viviría incomprendida, despreciada y hasta juzgada como vil criatura. Aunque el miedo nunca venció a los héroes, suele derribarles la vergüenza. Luisa supo triunfar de ambos.

Encontráronla por la calle sus parientes cuando portaba los despojos y basuras en una espuerta sobre su cabeza. Unos disimularon tímidamente, otros la insultaron como loca, pero alguno la forzó a subir a su lujoso coche como quien entroniza la imagen de un santo.

Acudió alguna vez con su escudilla en la mano y entre vulgares mendigas a implorar limosna al convento de San Francisco. Un día pidió a otra pobre, víctima de repugnante enfermedad, su escudilla para utilizarla comiendo ella después de la enferma en el segundo turno.

HEROICA JORNADA EN INGLATERRA.

Debe estimarse como sublime proeza. Precedió madura y profunda reflexión y su ejecución fue generosa. Su espiritual aventura es un audaz desprecio de la vulgaridad.

Las noticias de los primeros martirios por defender la fe católica, despertaron en esta hidalga extremeña incontenibles ansias de cárceles y cadenas. Compuso unos versos que descubren su impaciencia creciente por dar la vida por Cristo.

El 27 de Enero de 1605 salió de Valladolid. Se detuvo en París algún tiempo y el primero de Mayo pisaba tierra inglesa en Douvres.

Poco después que ella, llegó a Londres, como Embajador, don Pedro de Zúñiga, acompañado de su confesor Fray Juan de San Agustín, que la brindó el consuelo de la misa y comunión diarias.

No era propicio el ambiente para desplegar con éxito sus ansias

apostólicas. Alquiló una casa destartada y acompañada de algunas jóvenes inglesas repitió sus ensayos como en Madrid. Oración, trabajo, penitencia y caridad eran el lema de aquellas intrépidas mujeres.

Aunque ella lo ocultaba todo bajo su sincera humildad, ya conocían sus planes relevantes figuras eclesiásticas, como el Asistente general de los Jesuitas, P. Bartolomé Pérez, quien la escribió desde Roma diciéndola que S. S. Paulo V, al tener noticia de su estancia en aquel reino, había mostrado sumo contento y le mandó que le escribiese de su parte lo mucho que le agradaba su asistencia en Inglaterra y que perseverase en su empresa.

La voluntaria presencia de esta maravillosa mujer, hija de la más limpia aristocracia española, era para los católicos ingleses una lección constante y retadora. «Parece -decían- que esta señora ha venido a reprender nuestra tibieza y a avergonzar nuestro poco ánimo y valor».

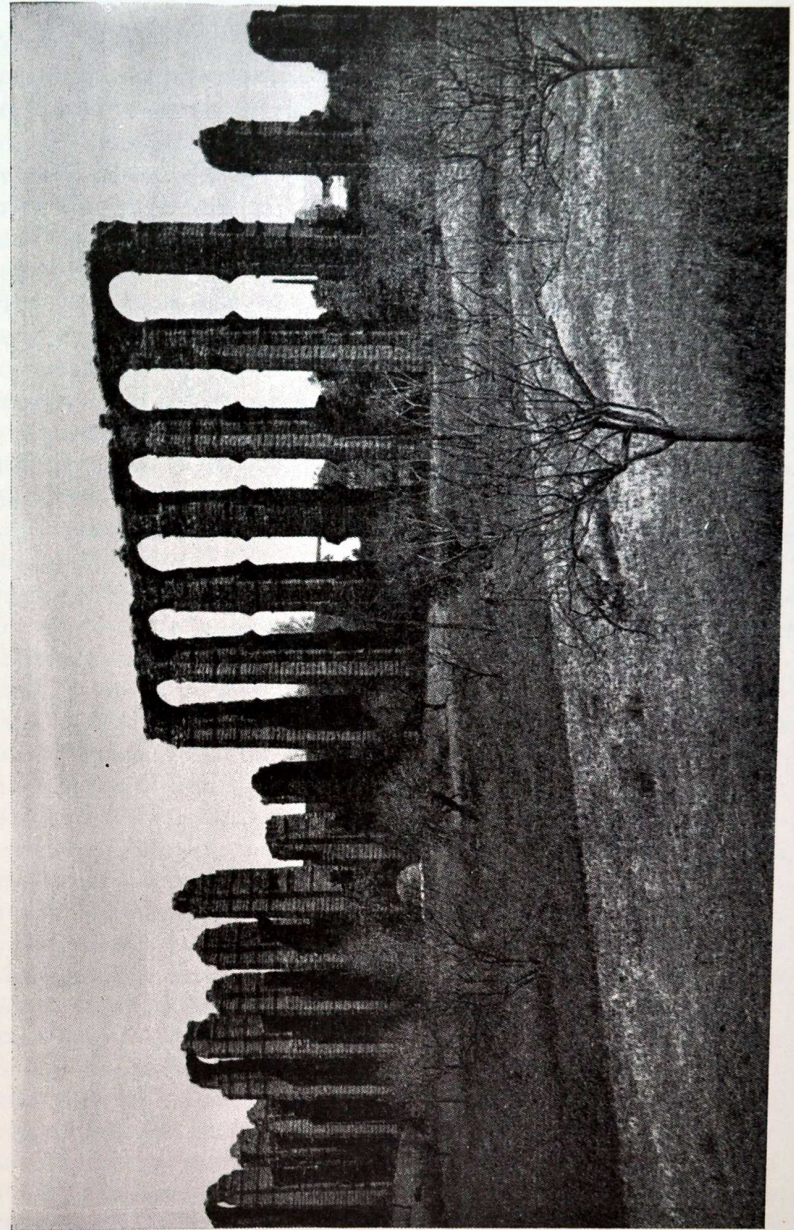
El furor iconoclasta no tuvo fuerza para arrancar algunas cruces públicas ni para frenar los fervorosos impulsos de esta española tan viril. Viéndola arrodillada en plena calle ante una cruz, la dijeron los impíos herejes: «Pide a la cruz la bendición, que ella te dará una horca».

Su vasta cultura doctrinal la permitía discutir con aguda brillantez. Defendió su fe con tan fogoso entusiasmo ante unos mercaderes que juraron vengarse denunciándola y encarcelándola. A los pocos días lo consiguieron. La condujeron ante el juez y la hizo vivir en la prisión hasta que el embajador español logró su libertad.

Figuran entre los convertidos personas de toda clase y condición. El inteligente pintor Haigat, el vicioso joven descreído, un desesperado estudiante hundido hasta el abismo, la encopetada señora de rancia aristocracia y hasta un ministro practicante de la secta de Calvino, que terminó haciéndose religioso en una orden española.

Vivía con ansias de ser mártir y nadie pudo convencerla de que buscarse la paz retornando a su patria. Informado Felipe III de la actividad de esta inquieta y vieja amiga de las infantas, y de sus apuros económicos porque todo lo invertía en los pobres, mandó asignarle primero 300 y luego 500 reales al mes con carga a la real hacienda. Incrementaron estos socorros su tío el Cardenal de Toledo, la duquesa de Medina de Rioseco, la condesa de Miranda, la de Steiglesias, la de Castelar, etc. Pero era una manirrota ante los pobres encarcelados.

Tuvieron que prohibirla entrar en las cárceles porque los súbditos



ALBUM EXTREMEÑO. — Mérida: Acueducto romano. (Foto Arribas).

tos del rey temían que hacía prosélitos entre los agentes oficiales, y se pasasen al credo católico.

Presenció la vista y condena de los sacerdotes mártires P. Tomás Samir y P. Juan Robarts. Les animó con sus inspirados consejos y, al despedirles, les besó los pies manifestando su envidia por acompañarles a derramar su sangre. Como singular y postrera gracia les permitieron cenar con sus veinte compañeros de prisión. Doña Luisa fue invitada a presidir el ágape. La emoción les embargaba. Se mezclaban las lágrimas con el gozo. Trasunto del cenáculo.

Doña Luisa vivió en Londres un verdadero martirio sin sangre. Así lo escribía a su prima la Virreina de Valencia. Tuvo que beber un amargo cáliz entre los ingleses.

A su director espiritual también le alcanzó la cárcel y el destierro. Ella sintió el vacío que dejaba en alma. Nadie la comprendía y menos aún su vocación. Su propio hermano don Alonso quedó avergonzado y entristecido de la vida tan extraordinaria y martirial de su hermana.

Obligó el rey Jacobo a prestar juramento de fidelidad a su corona; pero la fórmula incluía clara injuria contra el Papa. Los católicos se negaron a pronunciarla Y fueron muchos los mártires que produjo tan diabólica medida. Figuran entre los sacerdotes el P. Roberto Druri, el jesuita P. Garnot, cuyo corazón arrancaron; el Padre Charves, y otros. Fueron asombrosos los martirios del maestro Faludder, a quien, después de un intento de ahorcamiento, le partieron las piernas y dividieron la cabeza. No faltaron prodigios en las ejecuciones de algunos, como el P. Garnete y el P. Usualdo, en cuya sangre se reproducía el rostro del mártir.

Uno de los más sanguinarios enemigos fue el obispo de Londres, Abat, por el año 1611. Pero su fracaso ante doña Luisa corrió pareja con el de Juliano el Apóstata. La persiguió satánicamente. Y sólo una gracia especial de Dios la pudo sacar de las garras sacrílegas.

Con celosa veneración buscaba los cuerpos de los mártires. Una odisea le costó «robar» de la fosa común el de Fray Mauro de Sahagún, monje benito, y el del clérigo Ricardo Nimport. Fue destacada y meritoria la intervención del caballero de Santiago don Alonso de Velasco, hijo del embajador de España. Después los trasladaron a la península para venerarles en Gondomar, en la capilla de los condes de aquella villa.

SUS COOPERADORAS DE PRIMERA LINEA.

Para realizar su intenso apostolado necesitó doña Luisa muchas

colaboradoras. Y tanto en España como en Londres brotaron fervorosas vocaciones que se entregaron generosamente a la genial idea de aquella nueva forma de vida y trabajo apostólico, que hoy se hubiera denominado un instituto secular. Ella misma puso los cimientos y la reglamentación escribiendo de su mano las primeras constituciones.

Sus consejos y reglas rebosan sabiduría y discreción. Hasta su estilo literario es digno de una antología.

Brilló su talento poético en las inspiradas composiciones que se conservan. Todas exhalan un subido valor ascético dentro de una fluidez sonora.

Pero la mejor lección para todos fue el ejemplo. Infundía respeto su presencia y despertaba incontenible amor a la virtud. A su lado se respiraba pureza y paz, austeridad y gozo.

Por su maciza virtud la odiaba a muerte el obispo hereje de Canterbury. La persiguió brutalmente. Mandó asaltar su casa rompiendo las puertas con sesenta hombres armados. Sólo encontraron dentro el aroma de la virtud y de la voluntaria pobreza. Llevaban orden del rey. Con ella vivían cinco doncellas. Una que estaba enferma falleció al día siguiente. Otra pudo huir; y las tres restantes, con doña Luisa, fueron conducidas a la prisión.

Estando en la cárcel las visitó el capellán del conde de Gondomar y estudió el modo de dejarles la Eucaristía para que la guardasen y pudieran comulgar secretamente. Luego la condesa, cuando fue a visitarla, dijo que también se quedaba en la cárcel hasta que doña Luisa quedase libre. Su esposo y embajador pidió con insistencia la libertad, porque de lo contrario entendía que su presencia en Londres no era grata y por tanto abandonaría la embajada. El rey, impresionado, puso en libertad a doña Luisa. Al salir, una corte de damas de la nobleza y diplomacia la acompañó en un retorno triunfal por las calles de Londres, desfilando el cortejo ante el palacio real.

ETAPA FINAL DE UNA VIDA HEROICA.

Desde el asalto a su humilde morada, empezó doña Luisa a sentirse afectada en su estado psicológico. Crecieron más sus dolorosas emociones con los tormentos de los martirizados. El día 20 de Noviembre de 1613 puede decirse que pisó la última etapa de su vida. Llamaron a su lado notables médicos; hasta uno de la cámara real. No le faltaron los auxilios espirituales. Comunió diaria y misa en su aposento con frecuencia. mientras ella se inmolaba en prolongado y doloroso ofertorio.

Junto a ella estaban ya sus amadas compañeras de apostolado y de prisión. Nuevas complicaciones en la enfermedad. Ella misma se sentía morir. Un frío sintomático empezó a invadir su cuerpo. Latía más lento el corazón. La vida se apagaba en largo sacrificio.

Pidió el traje de su mortaja que era un burdo monjil. Vestida ya como un cadáver, dijo a su confesor: «Vuestra paternidad no permita que nadie toque mi cuerpo». Luego silencio y oración, suspiros y lágrimas. Dulcemente se consumía una vida como menguado cirio. De pronto un grito inesperado. Diego, el criado francés, entrando, exclamó: «Señora mía, acuérdesse de Diego Lemetiel cuando esté en el cielo».

Momentos después entraba en agonía. Sólo unos suspiros rompan el silencio. Era en los albores de 1614. La vida y la muerte luchaban ante el dolor de los corazones presentes. Día primero del año. Al siguiente era el aniversario de su nacimiento. Pero no habría efusivas felicitaciones. Estaba invitada para celebrarlo en la gloria. Dos de Enero. Cumplía 48 años de peregrinar. Desde el cielo la llamó el Amor para desposarla eternamente. Y desde entonces en la tierra hubo un alma menos y en el cielo un ángel más.

Al par que la noticia, corrió la emoción contagiosa. Hasta los hejes lloraban por ella. Capilla ardiente en la Embajada. Cirios blancos, como azucenas vivientes, orlaban sus virginales despojos.

Luego funerales devotos y oración fúnebre. El cadáver se colocó en un nicho de la misma capilla mirando al sagrario, con intención de trasladarlo a España. Pronto se hizo glorioso su sepulcro. Las conversiones se multiplicaron. El primero fue el mismo carpintero que labró el ataúd. Hecho católico, se vino a España.

Cuando llegó a su patria la noticia de la muerte, rivalizaban algunas ciudades — Valladolid, Sevilla — en celebrar funerales pomposos como homenaje póstumo a la insigne difunta.

De las más altas personalidades brotaron encendidos elogios para doña Luisa: Paulo V, Felipe III, la reina doña Margarita y su madre la emperatriz doña María, San Juan de Ribera, el presidente de Castilla, conde de Miranda, otro presidente, don Francisco de Contreras, el cardenal Trejo, etc.

Su cuerpo era una sagrada joya que todos veneraban y deseaban darle el culto de santa reliquia. Pudo más el rey, Felipe III, y se le trajo al real monasterio de la Encarnación, donde hasta hoy se guarda en precioso relicario, fervorosamente venerado, esperando la glorificación definitiva.

TEODORO FERNANDEZ